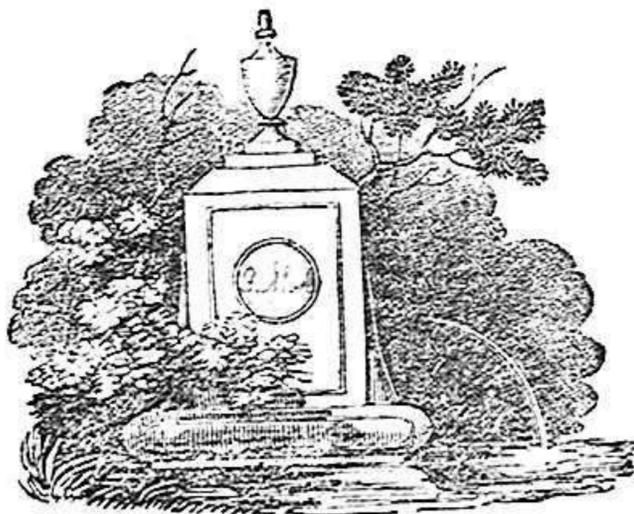


LA PALMA.

Semanario

DE -

HISTORIA Y LINGÜÍSTICA.



PALMA.

IMPRESA NACIONAL Á CARGO DE D. JUAN GUASP.

1840.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

PROSPECTO.

Entre la multitud de voces que aclaman la literatura, y que se levantan hoy sonoras mas que nunca para encubrir en vano el desaliento é incertidumbre que va minándola de cada día, y entre el tropel de periódicos literarios que solo nacen para morir, y se empujan y se suceden como las burbujas en un lago conmovido, debemos dar razon por que levantamos una voz mas, y aumentamos con uno el número de los periódicos vivientes, para aumentar dentro de poco quizá el número de los finados.

Esta última época ha sido para España mas fecunda en autores que en críticos; se ha escrito mucho, pero apenas se ha analizado. De aquí tantos esfuerzos sin unidad, tantos sistemas sin objeto, tanta mudanza y diversa fortuna en las celebridades mejor establecidas, tanta animosidad y exageracion en todos sentidos. Nosotros sin embargo no hemos perdido aun la fe en la literatura, y entre tanta confusion descubrimos una senda todavía que es la de las doctrinas y principios. A esta necesidad procurará satisfacer en lo posible lo escaso de nuestras fuerzas, entregándonos con predileccion al estudio de las cuestiones fundamentales, á la comparacion de las diversas literaturas entre sí, y á la crítica literaria.

Consecuencia de nuestros principios es el color indígena que nos proponemos dar al anun-

ciado periódico. La imaginacion una vez suelta de las trabas de la imitacion, no es sino el reflejo que pintan en nuestra mente los recuerdos, los lugares y la atmósfera que nos rodea; la verdadera literatura varia segun la historia y naturaleza de cada pais, y bajo este punto de vista cada capital debiera tener en representacion suya un periódico literario. No nos ciega hasta tal punto un ridículo y mentido patriotismo, que creamos ver en esta isla el centro de la creacion, y en cada uno de sus difuntos habitantes un héroe, un sabio ó un artista: creemos sí que algo de grande y de poético encieran sus montes adornados como jardines ó vestidos de olivares, sus numerosos monumentos de todas épocas y de toda suerte de glorias, y ante todo esta ciudad plantada de nuevo y embellecida por el moro, como la palmera junto al agua, y que en vez de arrenal tiene delante de sí la azul llanura de los mares. ¿Nos revelarán estos objetos alguna cosa digna de ellos, y penetrará en nosotros su inspiracion? El corazon nos ha dicho que sí, y no hemos vacilado un momento en la empresa.

Jamas transigirémos con lo que ofenda la moralidad ó la religion, la adoraremos sumisos, ó le pedirémos sus encantos, y á menudo pero siempre con respeto se verá en nuestras páginas el nombre de Dios que nos ha dado la ima-

ginacion, facultad la mas admirable en la mas admirable de sus criaturas.

Traduciremos alguna vez, pero nunca copiarémos. Las traducciones serán de periódicos ó revistas acreditadas, y jamas las daremos sin advertir que lo sean.

Hemos explicado nuestros principios y objeto: la siguiente reseña de materias dará á conocer nuestro plan.

HISTORIA. Artículos narrativos ó críticos sobre la historia en general, y en particular sobre la de estas islas, sobre sus tradiciones y monumentos: descripciones de los edificios y lugares.

LITERATURA. Cuestiones sobre sus principios y sobre sus principales ramos; exámen crítico de autores asi nacionales como estrangeros, y de las obras que se publiquen en Palma, ó cuyo anuncio llegue por primera vez.

POESÍA. Ocuparán entre las demas un lugar principal los romances y poesías calcados sobre la historia y monumentos de estas islas, y si algunas se hallaren de nuestros antiguos poetas inéditas ó desconocidas.

NOVELAS. Asi originales como traducidas.

COSTUMBRES. Pintura de los vicios y ridiculeces comunes, descripcion de nuestros usos, fiestas, reuniones, &c.

TEATROS. Exámen literario de los dramas que se dén á luz en la península de autores acreditados: exámen artístico de las óperas que en esta capital se representen tanto en su composicion música como en su ejecucion.

VARIEDADES.

LA PALMA saldrá á luz todos los domingos empézando desde el primero de octubre, en un pliego igual en tamaño, letra é impresion al presente prospecto. — El precio de suscripcion será de 5 reales al mes, y de 6 fuera de la isla franco de porte; y ademas los suscriptores que deseen adquirir la coleccion de vistas, edificios y paisages, que en litografía va publicando el artista D. Francisco Muntaner, la obtendrán con la rebaja de 2 reales de los 7 que importa su suscripcion mensual; dando nosotros por nuestra parte una sucinta noticia de los monumentos, ú objetos que representen las láminas de esta coleccion tan análoga á nuestros fines y propósito.

No se admitirán polémicas de cualquier clase sean; pero se recibirán con placer los artículos que se nos remitan concernientes á las materias que nos proponemos tratar, siempre que se reputen dignos de la insercion.

PALMA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.

1840.

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 4 DE OCTUBRE DE 1840.

De la Literatura

EN EL SIGLO XIX.

Dícese que este siglo es un siglo de transición, y que en un viage cuya duracion se ignora volamos á un término que nadie conoce todavía. Este viage sin embargo no es en nuestro entender sino una continuacion de la marcha igual y continua de todos los siglos en que camina la humanidad arrastrada por el genio ó las pasiones de algunos hombres y empujada por la mano de la Providencia, si bien lo extraño de las perspectivas y lo variado del terreno que ha tocado al nuestro recorrer, fomenta y mantiene la ilusion que él mismo se forma acerca de su singular movimiento y rapidísimo camino.

El viajero encerrado en una diligencia, y que al traves de los vidrios y entre el polvo ve pasar cual panorama móvil los campos y los edificios, es la imagen de nuestra literatura; sus miradas son rápidas, indiferentes, y como saciadas de ver, sus sensaciones tan fugitivas como los objetos que las producen, recuerdos vagos y contrastantes se deslizan por su mente como las ruedas del carruage, hasta que cansado de agitacion y de infecundos pensamientos, se arrellana soñoliento en su sitial, aplazando sus ideas para esplotarlas y fecundizarlas en el día de descanso.

Nosotros sin embargo, generacion actual,

mortales fugitivos que solo tenemos cortos dias de que disponer, cuya peregrinacion habrá concluido ántes que el siglo termine la suya, y que espirarémos en el desierto ántes de ver la tierra de promision que se le anuncia, léjos de dormirnros en indolente sueño, debemos apresurarnos á crear y á producir, para que algo de nosotros reste á la venturosa generacion que nos suceda, encender un faro que nos dirija en la oscuridad, disciplinar nuestra caravana, y darnos, asi como un gobierno, una literatura tambien, provisional si se quiere, como si fuera para la eternidad.

Arduo é insensato fuera prescribir leyes y señalar un círculo á la imaginacion, á esta facultad mas vasta que la creacion entera, y creadora por sí misma: solo algunos retóricos han osado decirle »de ahí no pasarás". Pero ya que no en las materias, suele haber en las formas cierta unidad, cierta conformidad en los juicios mas bien que en las cosas, que es el colorido que refleja la época sobre los hombres, y lo que constituye el genio y el carácter de cada literatura.

Cada dia se nos repite que el presente siglo es hijo del XVIII; y esto es verdad en el sentido en que todos los siglos se producen y se eslabonan mutuamente, aunque considerados en un largo período sean entre sí muy diversos, y acaso enemigos. Pero no creamos que sea uno mismo su espíritu, unos mismos sus intereses, y que la literatura actual sea una adopcion de los principios del último, por mas que hartos

vestigios nos haya dejado por do quiera, y por mas que el XIX no tenga todavía reparados los daños y cubiertas las deudas que le legó su padre por única herencia.

El siglo XVIII era clásico, por decirlo así, é imitador por excelencia. Cada ramo del saber estaba entónces como personificado en un genio griego ó romano; y los hombres mas encontrados en profesion como en sistemas, poseidos de idolátrica admiracion, solo trataban de interpretar á su favor los oráculos de la antigüedad. La revolucion misma, considerada en su origen y principios mas bien que en las jacobínicas saturnales que la terminaron, no fué mas que una necia farsa ó monstruosa copia de un republicanismo ya difunto; declamábase contra los tiranos, reprodujéronse los sonoros nombres de Timoleon, de Cincinato y de Bruto, y bajo la advocacion de Patria adorábase de nuevo la caprichosa y sanguinaria deidad de Aténas y de Esparta. Cuando en el dia se quiere conmover á los pueblos, en la caridad é igualdad evangélicas es donde van á buscar nuestros san-simonianos y socialistas sus demagógicas inspiraciones; aquellos resortes se abandonan por gastados; y lo que se mandaba ántes en nombre de los filósofos, se manda ahora en nombre de Jesucristo. Y, digámoslo de paso, la inmensa cuestion del siglo XIX es el cristianismo, como serie de dogmas, ó como código de moral; como revelacion divina, ó como sistema filosófico; como hecho histórico, ó como símbolo del porvenir; pero siempre el cristianismo.

Esto esplica á nuestro juicio el origen de la nueva literatura. A merced de la inmensa ruina en que cayeron confundidas todas las instituciones y creencias, ha podido este siglo penetrar con sus investigadoras miradas hasta los descarnados cimientos del demolido edificio, ha buscado nuevas bases en que apoyar sus fábricas, y como ha tenido que reconstruirlo todo, todo lleva impreso sobre sí el genio del arquitecto.

Jamas hasta ahora, es preciso confesarlo, se habia visto el principio poético elevado á tal altura, ni reconocido en él tanta dignidad. No

es ya una suave lira ingenioso solaz de los ocios, ó docto tema de un círculo académico; es un elemento constitutivo del hombre y una de sus facultades mas sublimes, es la espresion de la sociedad, es la llama de la espiritualidad y del entusiasmo que nos desprende á ratos de la vida material, y que nos lanza con ímpetu hácia lo bello y lo sublime. Ha dejado de ser la mitológica fuente que solo brotaba en los divinizados campos de la Grecia ó del Lacio, donde todos volaban á beber, y que corria subterránea durante largos siglos de barbarie y de oscuridad; la deidad inspiradora cuyo reino era mas estrecho que el mundo conocido de los romanos, encerrado entre los sedientos arenales de los Numidas y las nebulosas selvas de Germania. Reinos y siglos enteros han acrecentado su dominio; llena de robustez y de misterios ha sido encontrada la poesía en los bosques de la India, en los lagos del Norte, y en las chozas mismas de los salvages; los cantos de los bardos, las trobas de los paladines, y los romances populares se escuchan como inspiraciones de su voz; hijos que jamas habia reconocido, estrechados ahora á su seno, forman su séquito respetable. Ella inspira los monumentos, ella late en cada templo y edificio, y ha hablado con los mármoles y los lienzos, como pudiera con la voz. Ella ha mecido la cuna de cada nacion; ha vivido con esta una misma vida en sus glorias ó en su decrepitud; y ha sellado su sepulcro, conservando su genio y sus facciones, como una efigie sobre un mausoleo. Este punto de vista es magnífico al par que verdadero, es tan nuevo como natural y luminoso; y esto se debe al siglo XIX.

Así que ni imitador ni despreciador de ningun otro siglo, ha comparado y analizado mas, pero ha juzgado ménos que el pasado. Aceptando como un hecho las ideas y los sistemas de los precedentes sin medirlos por su medida, ha admirado tal vez las glorias y grandezas de su sepulcro, sin pretender reanimarlos con una vida ficticia, ni descolgar sus trofeos para cubrirse con ellos fuera de tiempo. Adorador de los grandes genios y representantes de cada so-

ciudad, solo ha sido inexorable con los farsantes y copistas.

Este mismo principio de tolerancia y universalidad que ha adoptado en sus juicios la moderna literatura, lo ha aplicado prácticamente en sus producciones: su genio y distintivo es esta misma variedad, calificada por algunos de anarquía. Porque ¿qué tipo de unidad, ó qué concordia de armonía es posible hallar en los sonos de esa lira tan escéptica y desconsoladora en Byron y en Jorge Sand, tan angelical y benéfica en Manzoni, ardiente y sombría en Víctor Hugo, tierna y mediatunda en Lamartine, caballeresca y cubierta de flores en Chateaubriand? Y cómo pedir otra cosa á una era, en qué hombres de tan diversas épocas y distintas creencias viven, por decirlo así, contemporáneos; en que hay quien cante lo pasado, quien duerma sobre lo presente, y quien sueñe en el porvenir; en que, por distintos efectos procedentes de las mismas causas, unos ahogan la incertidumbre que nos agita en la copa de los goces epicureos sin pensar en el día de mañana, mientras otros en alas de su fantasía van rodando tras mil quiméricas esperanzas y mil delirantes visiones por las impalpables regiones de lo futuro; en que aterrados los espíritus por la horrible catástrofe en que el ateísmo y la impiedad se ahogaron á sí mismos entre los destrozos de una sociedad entera, se han dejado caer unos en el fondo del escepticismo, al paso que otros han renacido puros y fervorosos en brazos de la religión?

Reconozcamos sin embargo que el materialismo y la duda, estos dos mortales enemigos de cuanto es fé y espíritu, y por esto de la poesía, van perdiendo terreno progresivamente. Este siglo no es tan positivo y sensual como acusarse suele, y no lo es por lo mismo que de ello se acusa. Jamás esta queja se hubiera escapado de sus labios, si su espíritu encenagado en la materia no sintiese tanto el vacío en que se agita, y si le corroyese menos la inmensidad de sus deseos. Y ante todo lo dice este número de talentos hijos de una naturaleza superior que en estos días han aparecido sobre

la tierra; lo dice esta sed de gloria é inmortalidad que bajo tan distintos síntomas dó quier se revela; lo dicen esta multitud de proféticos delirios y de quiméricos sistemas parto de un espiritualismo exagerado; dícenlo en fin en lenguaje mas terrible, esos miles de víctimas, en otros tiempos ó poco frecuentes ó desconocidas, que cada día sucumben á los dolores de un espíritu demasiado estrecho en su cuerpo ó á la llama de la imaginación que las consume. Tal estado que es el mas terrible así en la nación como en el hombre, cuando se siente uno con alma y se siente sin Dios, no puede prolongarse por largo tiempo, y será preciso escoger en breve entre el materialismo y la religión. No dudamos que el siglo escoja por lo último: verdad es que no cree todavía; pero empieza á estudiar, lo que es un gran paso para creer. Interrogando al par la ciencia de los hombres y la ciencia de la naturaleza, va á desenterrar las maravillas de esta, y los códigos y monumentos de aquellos, y en el seno de los montes como en el seno de las bibliotecas vá á buscar una luz que ilumine su camino. Y cuando despues de sonreír un momento sobre sus conquistas le vemos despertar de su embriaguez, y echando una mirada de desden sobre sus máquinas é invenciones, y pronto á dar lo mas elevado de su ambición, y lo mas útil y cómodo de sus artefactos por un grano de fé de los siglos llamados antes de tinieblas y de barbarie, le oimos confesar que carece de creencias, esta confesion que alarma y espanta á algunos, nos llena á nosotros de júbilo y de esperanza porque empieza á sentir la necesidad de tenerlas.

En tanto pues que luce el suspirado día en que la unidad madre de toda belleza constituya y forme la nueva literatura, y en que los grandes genios se reúnan como en concierto universal para cantar su vuelta al Criador y el himno de la renovación, consulte cada cual, para escribir, su propia convicción, de la cual tan solo puede resultar la verdad y la poesía, y nadie piense en ir pidiendo á objetos estraños sentimientos é inspiraciones, si dentro de sí mismo no los encuentra. No basta en el día para ser

poeta imitar ó describir; es preciso sentir mucho y sentir con energía. Nada se encuentra actualmente menos saciado que el corazón, y los hombres buscan con ansia una palabra que llene el suyo, y haga resonar alguna de sus fibras que está enferma y á la cual vá unida alguno de sus recuerdos, ó alguna de sus esperanzas.

J. M. QUADRADO.

BUSTILLOS. (*)

1742.

Condenado á morir está Bustillos,
y en su estancia agitado se pasea,
y tiembla, y se estremece con la idea
que de su alma es horrible torcedor.
Con sus uñas de acero retorcidas
hizo presa en su ardiente fantasía
una idea espantosa, negra, impía,
que no es de muerte próxima el pavor.

¿Qué importa ver tan jóven, tan brioso,
tan cubierto de flores y de aroma,
el rostro de la muerte que ya asoma
en la reja fatal de su prision;
si él es valiente, es hijo de la guerra,
y del torvo fantasma no se asombra:
si veces mil quizá tocó su sombra
el descarnado pié de la vision?

Cuántas veces impávido, sereno,
sin replegar sus párpados siquiera,
de chispas inflamada cabellera
en el fondo del cielo vió brillar!
Y cual genio funesto en el cometa
que preside, á la muerte vió montada
en el candente arzon de la granada,
que á sus plantas venia á reventar.

(*) D. Manuel, teniente del regimiento de Oran, decapitado en la plaza del Borne.

Nó, la muerte al guerrero no amedrenta
cuando brilla en sus manos un acero:
cuando viene del brazo de un guerrero
el golpe que traspasa el corazón.
Porque su sien huesosa y carcomida
cubre entonces auréola de gloria,
cuando embriaga el clamor de la victoria,
y el bramido, y el humo del cañon.

Pero ver al espectro que se acerca,
y que un hombre, el verdugo! es quien le empuja,
es una idea atroz, que sobrepuja
á todas las ideas en horror.
Desesperante idea en que no cabe
resignacion del ánimo mas fuerte.
Hito á hito osará mirar la muerte
quien se asusta de ver al deshonor.

Idea formidable que descuella
sobre las de un patíbulo sombrío,
de una pompa horrorosa, y de un gentío
que ahulla con estéril compasion.
Que de la muerte atroz la catadura
no es tan deforme para el triste reo,
como asqueroso, y repugnante, y feo,
es el gesto impasible del sayon.

Oh! si alomenos este ser inmundo,
que á cuanto llega con su aliento infama,
oculto fuera al sanguinoso drama
en que siempre ha de ser segundo actor!
Entonces no la mente de Bustillos
dolor atormentára tan agudo,
no cayera un borron sobre su escudo,
no muriera cual muere un malhechor.

Si para espiar el crimen de un momento
de la vida la pérdida bastára,
y su honor el cadáver conservára
cual su aroma tal vez tronchada flor!
Si alomenos muriera con un nombre
que el mundo no juzgára deslucido!
Si llegar no pudiera á su vestido
ni la sombra del rudo ejecutor!

Entonces viera del comun naufragio,

que sumerge á la par honor y vida,
 salvada aquella prenda mas querida,
 la prenda que juzgó ser inmortal;
 Y su mitad mas grave y opresora
 perdiera luego aquel martirio doble,
 y su cabeza, como en lecho noble,
 descansára en el tajo funeral.

En sus horas aciagas de agonía
 es esta su esperanza, y su desvelo,
 y sin cesar cabila, y ruega al cielo
 fecundize su cerebro una vez.
 Que una muerte conciba en que no sea
 prolongado y horrible su tormento....
 Que lo sea. Y qué importa el sufrimiento
 si humillada no queda su altivez?

Y pregunta en silencio á lo pasado,
 indaga y busca ejemplos en la historia:
 pero al verdugo encuentra su memoria,
 siempre al verdugo del cadalso al par.
 Su víctima las leyes le confian:
 y al ascender las gradas del suplicio,
 él debe presidir al sacrificio,
 que sacerdote es él de aquel altar.

Bustillos en su afan no desespera:
 con un cordel da vueltas á su mente,
 se obstina en meditar; y de repente
 concibe un pensamiento creador,
 Infeliz! cual las vívoras engendra:
 es su idea en mal punto concebida,
 y no respetará la parricida
 ni la misma cabeza de su autor.

Y para luego, y arrojar procura
 la carga inmensa de su idea nueva,
 y el suplicio, que en su alma ya se eleva,
 dibuja en la pared con un carbon.
 Y sus huesos, al verlo, se estremecen,
 y de sus ojos el cristal se ofusca,
 y de sangre un raudal con priesa brusca
 á refugiarse corre al corazon.

Dos mastiles dibuja en un tablado,
 un travesaño, y de un cordel suspenso

un hierro que en su rápido descenso
 tropieze en la cabeza criminal.
 Puede oculto el sayon soltar la cuerda,
 y de la ancha segur cargando el lomo
 una masa enormísima de plomo
 empujará su caída vertical.

Un dia no completo trascurriera
 y en la cárcel un hombre se presenta:
 horror! es él! Bustillos se amedrenta,
 y de ambas manos cúbrese la faz.
 Y como si temiera todavía
 ver al siniestro bulto que le aterra,
 con suma rapidez sus ojos cierra
 bajo la mano que los cubre asaz.

Pero el hombre de rostro denegrido,
 en cuyas manos un acero brilla,
 un herrero es, que trae la cuchilla
 que debia enseñar á su inventor.
 Contéplala el mancebo y tal vez piensa
 criar la vida y la luz, sublime acierto!
 Y yo nuevos caminos solo he abierto
 á la muerte, á las sombras, al terror!

Terrible, intenso fué el dolor extraño,
 que el corazon le ahoga en tal momento,
 y ya el corte fatal del instrumento
 en su cuello sentir le pareció.
 Y era un dolor inmenso, indefinible,
 dolor al de Perilo parecido
 cuando arrojára su primer mugido
 en el seno del toro que inventó.

Quizá tambien le acosa un pensamiento:
 Y si no está la máquina bien lisa?
 si la cuchilla atroz no cae aprisa?
 si no puede mis vértcbras romper?
 Y en la mitad del cuello detenido,
 y enclavado el acero.... Oh lucha impía!
 horroroso linage de agonía!
 Quién entónces vendráme á socorrer?

Quién? quién por compasion vendrá á matarme?
 solo puede el sayon.... Que se retire,

que no me toque: déjeme que espire
de mi sangre agotando el manantial.
Venga un amigo, ... un hombre de la plebe;
máteme allí quién, *hijo mio!* clame;
y oculto permanezca el ser infame
mellizo de un espíritu infernal.

Las horas que Bustillos contar pudo
muy lentas, y muy rápidas pasaron,
y el espacio de un día no formaron
cuando el reo al patíbulo subió.
Y solo el confesor al lado tuvo,
y reclinó su frente sobre el tajo,
y pasado un momento vióse abajo
la cabeza que el hierro destroncó.

T. AGUILÓ.

LA CASITA DE RANDA.

Episodio del sitio de Palma

EN 1450.

I.

Era una noche del mes de abril. Un hombre embozado en su anchurosa capa, y cubierta la cabeza con un sombrero de inmensa ala sobre el cual ondeaba una pluma negra, dirigíase apresurado á una casita, que á la falda del monte de Randa habia acertado á descubrir. Abismado en sus meditaciones que debian de ser sin duda importantes á juzgar de ellas por su semblante inquieto y azaroso, no reparaba en el bello paisaje que le circuia, y al que la luna clara y apacible entonces prestaba un nuevo encanto. Ni la villa de Lluçmayor, que dejaba á sus espadas envuelta en un blanco vapor, al traves del cual mostrábase de vez en

6

cuando momentánea luz, como tras ligera nube se desliza una estrella; ni el lejano ladrido del mastin, que acosaba á la tímida oveja; ni el continuado y monótono canto del grillo; ni la elevadísima montaña, que se ofrecia á su vista cubierta de lentiscos y matorrales de los que salia frecuentemente, con estrepitoso aleteo, alguna que otra ave turbada en su reposo por la aproximacion de un ser humano; ni ninguna en fin de las hermosas sensaciones que la naturaleza hace experimentar al hombre cuando se le presenta mansa, tranquila y apacible, venia á distraer á nuestro caminante de la profunda meditacion que le tenia absorto. Sin embargo alguna que otra vez el lejano silvido de un pastor, ó el apresurado caminar de un jornalero, á quien sus faenas habian detenido mas de lo ordinario, sacábanle repentinamente de su distraccion. Entónces parándose, y revolviendo á todas partes dos negros ojos, poníase á escuchar atentamente, procurando adivinar la causa del ruido que tanto le inquietara, mas convencido luego del poco fundamento de sus temores, «No es nada» murmuraba, y hundiendo otra vez el rostro en el embozo, proseguia su camino redoblando cada vez mas el paso. De esta suerte y en medio de tantas agitaciones habia llegado á la casita de que poco hace hablamos.

= Eres tú Blas? gritó una voz de muger, desde adentro, al oír que llamaban.

Nuestro embozado no quiso desengañarla, y calló.

Abrióse en el mismo instante la puerta, y una jóven apareció en el dintel; pero viendo la catadura del que así se le presentaba, dió un grito agudo, y huyó precipitadamente á un extremo de la pieza.

= Nada temais, buena muger. No soy lo que parezco. Conozco que mi aparicion á tales horas en este sitio ha debido causaros recelo; pero os lo repito no soy lo que habeis creído. Soy un desgraciado, un fugitivo que busca asilo en vuestra casa. Soy el conde de Vallpina.

Y esto diciendo desembozóse el conde mostrando á los ojos de su interlocutora una fisono-

mía animada y llena de espresion, si bien en aquel entónces preocupada y sombría.

= El conde de Vallpina! murmuró la hermosa jóven, dejando todavía percibir en su acento un resto de inquietud.

- Sí: el desventurado conde de Vallpina perseguido por una partida de esa canalla que tiene cercada la capital y cuyo cabecilla es Simon Ballester. Habiéndoles salido fallidas las esperanzas que tenian de encontrarme en una hacienda, que poseo no lejos de aquí, despues de incendiarla, se han puesto otra vez en mi persecucion, y por milagro he podido escaparme de sus manos, en las cuales hubiera caido al fin irremisiblemente á no haberme el cielo deparado esta casita, á la cual llamé contando con la bondad y compasion de sus moradores.

El conde pronunció estas palabras con la mayor amargura, mientras su semblante manifestaba, no el abatimiento de la desgracia, sino la indignacion del orgullo ajado, y ofendido por seres que en otra situacion solo le hubieran merecido desprecio, á los que en aquellas circunstancias era forzoso acatar.

- Pobre Señor! murmuró la bella aldeana á quien la agitacion del conde habia conmovido en extremo. Y luego levantando la voz: Blas no está aquí, dijo, pero su corazon es bueno y nunca ha desoido al desgraciado. Quedaos, señor; estoy segura que aprobará mi conducta. ¡Es uno tan feliz cuando hace una buena accion!

Estas palabras pronunciadas por una voz de angel y que manifestaban el mayor interes y los mas bellos sentimientos llegaron al alma del conde haciéndole experimentar mil gratas sensaciones, y borrando enteramente las negras ideas que hasta entonces le asaltaran. Tendió la vista á todas partes para cerciorarse de que sus sentidos no eran presa de alguna ilusion, y el cuadro sencillo que se ofreció á sus ojos no hizo mas que aumentar el encanto que ya le dominaba. Una mesita desvencijada, dos bancos cojos en uno de los cuales dormía tranquilamente un enorme gato negro, y un monton de paja en un ángulo de la choza, que á juzgar por la

tosca sábana que allí se veia arremolinada debia servir de cama, eran los muebles principales de aquella única y ahumada habitacion. Veíase como de menor volúmen, una tabla sostenida por dos estacas clavadas en la pared, y sobre ella una alcuza, dos panes, un cántaro, y algunos platos de barro: una tinaja, docena y media de cebollas echadas por el suelo, tres ó cuatro manojos de sarmientos para la lumbre, algunos útiles de labranza, y un zurrón y un sombrero pendientes de un clavo completaban los utensilios de aquel casucho infeliz. La vista del conde pasó rápidamente por todo lo que acabamos de describir, y fué á fijarse en su hermosa hospedadora. Tendria esta de veinte á veinte y dos años, y en su bellísima fisonomía dejábase entrever una dulzura angelical, y una espresion de felicidad que hizo suspirar al conde, y por la primera vez de su vida pensó que se podia ser dichoso sin ser rico.

- ¿Cómo os llamais, hermosa criatura? dijo por fin saliendo cómo á pesar suyo del éstasis en que hasta entónces habia estado sumergido.

- Me llamo Ines, señor.

- Sois muy hermosa.

- Oh!... no.

- Sí, muy hermosa, repitió el conde con calor, y muy benéfica.

Y se la quedó mirando fijamente. Ines bajó los ojos.

- Vivís sola?

- Casi siempre. Blas está tan ocupado...

- ¿Quién es Blas?

- No le conocéis? pues todo el mundo le conoce, y le quiere.

- Yo no tengo este gusto, replicó el conde sonriéndose.

- Oh! pues si le conocierais, prosiguió Ines, le amaríais como los demas. ¡Es tan bueno, tan amable, tan hermoso!

- Por el entusiasmo que os anima juraria que os interesa mucho.

- ¡Si me interesa...! Le quiero con toda mi alma! le daría mi sangre!

Esta sencilla contestacion hizo mal al conde. No podriamos afirmar si la sensacion desagra-

dable que experimentó fué ocasionada por un secreto movimiento de vanidad resentida, ó porque efectivamente se sintiese inclinado á aquella muger; pero creemos que ambas cosas influirian en ella. El conde podria tener treinta años y era dueño de una hermosa fortuna, lo que le habia atraido las miradas y los halagos de todas las jóvenes de la capital: de consiguiente su amor propio se habia visto lisonjeado desde su aparicion en el mundo. Por otra parte acababa de verse próximo á caer en manos de sus perseguidores, y una muger llena de juventud y de hermosura se le habia aparecido, salvándole del riesgo inminente que le amenazaba. ¿Qué mucho pues que al contemplar á esa muger cuyos encantos aumentaban el reconocimiento y la silenciosa soledad que les circua, sintiese en su corazon despertarse un tierno afecto, y que multitud de ideas vagas de placer y felicidad se deslizaran por su mente engendrando mil bellas fantasmas para el porvenir? Sea lo que se fuere, el conde quedó triste con las últimas palabras de Ines, porque aquellas palabras destruian una ilusion.

Hubo un momento de silencio.

— ¿Con qué amais mucho á ese Blas? dijo por fin el de Vallpina.

Pero esta vez no obtuvo respuesta, fijó entonces la vista en Ines, y quedó sorprendido de la inquietud que mostraba en su semblante.

— ¿Qué teneis....

— Chit...! dijo ella vivamente. Y luego bajando la voz. ¿No habeis oido?

— No sé....

Levantóse Ines de su asiento y fuese de puntillas á la puerta. Allí pegado el oido á la cerradura y sin respirar apénas, permaneció inmóvil por unos momentos.

— Son ellos! dijo por fin con muestras de mayor turbacion.

— Ellos!

— Sí, vuestros perseguidores.

El conde habia olvidado ya su peligro.

— Allí, allí, exclamó Ines, azorada señalando el monton de paja. Allí señor conde; no hay remedio puesto que el huir es ya imposible.

Pronto, pronto por amor de Dios!

— Pero....

— Nada; envolveos bien en la sábana y si me preguntan diré que es... mi hermano ó mi marido... cualquier cosa... Tal vez se contenten con esto y sigan su camino, pero por la Virgen daos prisa!

— Buena Ines! exclamó el conde, y luego quitándose una preciosa cadena de oro que pendiente del cuello llevaba,

— Tomad añadió. Sea esto una memoria del conde de Vallpina, y si la suerte me fuere adversa, y si mi pecho ha de servir de blanco á los puñales de esos verdugos, esta cadena os traiga á la mente un infeliz de quien *seréis* hasta el último suspiro el mas bello recuerdo.

— Pronto señor, pronto, exclamó Ines en la mayor angustia al oir ya muy cerca los pasos y las voces.

— Admitid ántes este don...

— Bien, sí, le admito.... pero despachaos por amor de Dios!

Guardó Ines la cadena en el pecho mientras el conde se tendia sobre la paja entortillándose en la sábana, y aguardando el desenlace de aquella escena de vida ó de muerte para él.

Sonaron récios golpes á la puerta, abrióse ésta y entraron hasta diez hombres armados en la habitacion.

Llevaban casi todos sombreros raidos y llenos de manchas por debajo de los cuales asomaban las desgrednadas y ásperas cabelleras; y sus capas haciendo patentes la construccion de su tejido, acreditaban la injuria de los años y del tiempo, y que así servian de abrigo en la estacion de los frios, como de cama en las frecuentes noches que sus dueños pasaban al despoblado.

El aspecto de estos semi-bandidos, correspondia perfectamente á lo asqueroso de sus trajes. El color tostado, la barba sucia, y el mirar torvo, helaban de espanto sombríos, y estremecian risueños, porque su alegría era feroz y porque sus carcajadas eran siempre ocasionadas por alguna infernal idea de maldad ó destruccion.

— Felices noches, muchacha, dijo el que parecía jefe de ellos.

— Muy buenas os las dé Dios, contestó Ines temblando y turbada á pesar suyo.

— Te hemos asustado ¿no es verdad? No importa. Yo soy Lorenzo Masip llamado por apodo Rosegat. Vengo junto con mis compañeros en busca de cierto pajarraco, y tenemos motivos para creer que no está lejos de aquí.

— Cómo!

— Sí; un noble fugitivo. ¡Maldiga Dios á todos los nobles!

— Amen! contestó en coro aquella turba.

— Dí, hermosa, prosiguió el cabecilla ¿quién es aquel animal que allí está echado.

— Es.... es mi marido que está padeciendo unas fuertes tercianas.

— Ola! con que es tu marido? Me alegro!

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras hizo estremecer á Ines: pero su terror se aumentó sobremanera, cuando el que así habia hablado, acercándose al conde y observándole atentamente dirigió una mirada significativa á sus compañeros dejando escapar al mismo tiempo una sonrisa de diabólica satisfaccion.

— Oh! por Dios, exclamó Ines sin ser bastante á ocultar sus angustias, no le inquieteis! El pobre está reposando.

— Mañana reposará, contestó con siniestra voz Masip: y luego dando con el pié al de Vallpina;

— Levántate conde, le dijo. Te conocemos.

El conde que desde el principio de esta conversacion habia podido sospechar que su refugio era sabido, disimuló no obstante mientras no se veia en el postrer recurso. Mas cuando las últimas palabras de Lorenzo le hicieron ver claramente que no debia esperar nada de un fingimiento que repugnaba á su orgullo, levantóse veloz como el relámpago y echando mano á su daga se lanzó sobre su adversario, bien determinado á morir ántes que darse á prision. Pero en el mismo instante dos fuertes brazos sujetándole por detras inutilizaron las intenciones de su desesperado corage, y un instante despues su daga estaba en poder de sus enemi-

gos, y sus manos fuertemente atadas á la espalda.

Blasfemó el conde al ver estériles sus esfuerzos, mientras la desgraciada Ines se arrastraba llorosa á los pies de aquellos bárbaros, los cuales solo contestaban á sus lágrimas y á las injurias que les prodigaba el conde con estrepitosas risotadas.

— Ola! leoncito. ¿Con que pretendias matarme? Lo hubiera sentido de veras porque así no tendria el gusto de ver como mañana hacias piruetas en el aire.

El conde le dirigió una mirada de desprecio.

— Ea, llevadle, continuó Lorenzo. Harto ha durado ya esto.

— No por Dios! exclamó Ines abrazándose con sus rodillas. ¡Compasion de un desgraciado que ningun mal os ha hecho, que ningun delito ha cometido!

— Suelta, niña.

Y en su afan de desprenderse de ella, la llevaba arrastrando en pos de sí.

— Perdon, perdon! repetia Ines sin soltarse nunca del bárbaro, pero este poniéndole una mano en el hombro, la repelió con fuerza haciéndola venir al suelo violentamente.

— Infeliz! murmuró la triste bañada en llanto, mientras el conde que habia hecho un movimiento para arrojarse sobre Masip al ver á Ines despedida con tanta brutalidad, era llevado casi arrastrando fuera de la choza.

Miróla el jefe con aspecto siniestro:

— No te olvidaremos, dijo al cabo de un rato, y salió.

A. MONTIS.



A F*** EN SUS DIAS.

Huyó un día mas, y lento
Se oscurece el mar en calma;
Mas no calma mi tormento.
Ah! que nombre agita el viento!
¡Que memoria agita el alma!

El nombre, que ante el altar
Cantan hoy solemnes voces,
Que en el doméstico hogar
La amistad celebra al par,
Corazon, bien lo conoces.

¡Venturosos los que hoy
Se sientan junto á su amigo!
Yo solo, solo me estoy,
Y al viento mis votos doy
De que el mar solo es testigo.

Abre senda, azul llanura,
Tu murmullo calma ya
Un suspiro de ternura
Lleve fiel la brisa pura
Al que conocerlo ha.

Ah! ¿porqué yo menos echo
Otra arena y otro mar?
Ni hallo cual el mio un pecho,
Ni oye de amistad el techo,
Entre mil mi voz sonar?

Oh! en las sombras si te viera,
O querido, mi ojo incierto,
Si tu amiga voz rompiera
Muy mejor que la onda fiera
El silencio del desierto;

El horror se rasgaria
Bajo el cual mi alma desmaya,
Y la luna, cual un día,
Nuestro gozo alumbraría
Dorando el agua y la playa.

Ay! qué luz!... la nube oscura
Qué esplendor cruza sangriento!
El cielo ardiendo ¿qué augura?
¿Qué siniestra voz murmura?
¿Es del piélago? es del viento?

El rumor, el rayo crece;
A su luz mar, torre, orilla,
Moverse enormes parece...

Ya en el caos se desvanece,
Ya entre fuego el orbe brilla.

Tuerce, ó Dios, del viento el vuelo:
No retumbe infausto el trueno
De mi amigo allá en el suelo;
Brillele estrellado el cielo,
Brille él mismo al par sereno.

Tembló asaz al rayo, asaz
Turbó el huracan su aurora:
¿Cuándo el iris de la paz
Brillará con varia faz
En su tarde encantadora?

Ah! descanse en tumba fria;
Cual sol estuvo en el monte,
Que la tierra deja umbría;
Mas anuncia mejor día
El carmin del horizonte.

Sí, gran Dios; tu luz perene
Nos una en día mejor;
Pero tarde su hora suene;
Y él para los que sostiene,
Y ellos vivan en su amor.

Que pueda á su prole cara
De virtud aroma dar,
Subyugar la suerte avara,
Bajo el árbol que plantara
A sus nietos estrechar:

Que una vez mi pecho se una
Aun al suyo.... ah! no, mi amor
No clama por dicha alguna:
¿Turbar pueden su fortuna
Mi soledad, mi dolor?

Días bellos, dulce estío,
Amistad, dicha; ¿qué fuiste?
Cual el rayo que sombrío
Brilló y muere en torno mio
Precursor de horror mas triste.

Paz sin mí, sereno y fuerte,
Paz y amor eterno vea;
Y si una lágrima vierte,
Un suspiro por mi suerte,
Que harto triste no le sea.

1857.—J. M. Q.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.